

EL TORBELLINO DEL PODER

POLITICA DEL CAMBIO Y CAMBIO DE LA POLITICA

IGNACIO PURROY
LUIS UGALDE

Hablar de la situación política fraudada en los mil días de gobierno de Copei significa aludir, aunque sólo sea brevemente, y sin pretender entrar en análisis detallados, a los factores decisivos que han convergido para crear el perfil político. Los más decisivos entre ellos no son responsabilidad de los hombres de gobierno. La herencia de viejos problemas estructurales, una precaria situación parlamentaria y el influjo nocivo inevitable del ejercicio del poder, que acelera la burocratización y derechización de todo partido de gobierno, han puesto una "camisa de fuerza" a la gestión gubernamental.

Nuestra pregunta es: ¿Ha habido cambio de estilo político? ¿Ha habido un fortalecimiento y una mejora de la democracia y de sus mecanismos de participación, consulta y control populares? El politólogo norteamericano S. M. Lipset define la democracia como "un sistema de toma de decisiones donde todos los miembros o ciudadanos desempeñan una función activa en el proceso continuo". En este mismo sentido constata con preocupación el Programa de Gobierno que "la inmensa mayoría del pueblo está al margen de los mecanismos, las decisiones, las labores y los beneficios que se realizan en la nación" (I, 4), y se propone en consecuencia la "institucionalización de sistemas de consulta", control y canalización de las decisiones del pueblo (VI, 3. 5.). Este es el problema central de toda democracia y la "prueba de fuego" para todo partido que se estrena en el gobierno. De su solución dependerá el éxito o fracaso político, y de ahí también nuestra pregunta.

COPEI 68: DISTINTO, PERO IGUAL

Copei se presenta por cuarta vez a las elecciones de 1968 con una imagen joven y esperanzadora. Frente a los demás partidos posee la ventaja de no haberse mancillado por el ejercicio del poder. Acción Democrática, por ejemplo, ha defraudado a grandes masas electorales por su demagogia de fáciles promesas y pocas realizaciones palpables. Los electores saben que han sido siempre utilizados para que otros, los "profesionales"

de los partidos, escalen sobre sus espaldas y se instalen en el olimpo del poder. Desde abajo observan atónitos las orgías de las divinidades de la política, donde se escancian generosamente cargos y prebendas. Las dirigencias de los partidos, especialmente cuando éstos ascienden al poder, se olvidan de programas y promesas y, por el principio de auto-conservación de todas las burocracias en el poder, degeneran en una política pragmática de conveniencias, dando la espalda a los intereses de sus "representados".

No era nada extraño, por consiguiente, que existiese amargo desengaño respecto a los partidos clásicos. La presencia tan destacada del Dr. Caldera hacía que, ante los ojos del electorado y también en la realidad, Copei no fuese un partido como los demás. Pero esto sólo es verdad hasta cierto punto. Copei, como todo partido democrático, luchaba por el acceso al poder. Necesitaba de las masas y de una compacta organización interna. También en Copei existían los cuadros de dirigentes, la indispensable burocracia y el así llamado "centralismo democrático", que necesariamente tiene más de centralismo que de democracia. El principio de organización eficaz mantenía marginada a la gran base, que en la práctica no era tomada en cuenta más que como apoyo electoral. En realidad, este fenómeno de independización y separación de la dirección frente al pueblo es inherente a la dinámica misma de todo partido político de masas. La base popular, en un principio origen y fin de la acción y política del partido, se convierte luego en simple medio, cuya única participación es el apoyo pasivo a través del voto. El grupo dirigente se establece, se enquista, y su permanencia en el poder pasa a ser un fin en sí.

UN LIDER CARISMATICO

Copei no fue excepción. Para convertirse en partido de masas tuvo que contaminarse con la enfermedad endémica de los partidos. Sin embargo, la figura del Dr. Caldera actuó como antibiótico e impidió que la enfermedad aflorase. Su seriedad e integridad, peso ideológico y liderazgo nato indiscutido e indiscutible frenaron en Copei el pragmatismo conservador, tanto de izquierda como de derecha, y las luchas elites-

cas que aquejaban a los demás partidos. Como muy bien dice el sociólogo político alemán de principios de este siglo Robert Michels, sólo un líder carismático —como lo es Caldera— puede hacer contrapeso al desgaste antidemocrático de los partidos o, en palabras de Michels, a la "ley de hierro de la oligarquía".

Por eso representaba Copei una alternativa real en 1968. Era un partido con una juventud vigorosa y un programa ambicioso. El despliegue de organización y efectividad durante la campaña electoral despejó en gran parte la incógnita del electorado acerca de la efectividad de un partido que todavía no se había estrenado en el poder. La imagen política de Caldera aventajaba con mucho a la de sus rivales y suplía la desconfianza general sobre los partidos. Pero lo que no se podía saber entonces era el efecto que produciría la salida de Caldera de la organización interna del partido, al igual que el efecto del ejercicio del poder en aquellas circunstancias de marzo de 1969.

EL AJEDREZ POLITICO

Copei llega al gobierno con una victoria mínima de 30.000 votos. No logra ser la primera fuerza en el Congreso, pues Acción Democrática obtuvo 50.000 votos más que los verdes. Tampoco logra formar coalición con ninguna fuerza política significativamente grande como para darle al Ejecutivo el respaldo de la mayoría parlamentaria.

En estas condiciones Copei no tiene más remedio que hacer un gobierno a la defensiva, un gobierno de negociaciones con la derecha política y los grupos económicos. Carente de apoyo político, necesita y está dispuesto al respaldo de los sectores económicos y del pequeño pero significativo grupo desarrollista. Debe plegarse a pactos esporádicos y "revocables" con Acción Democrática. Su política es más de subsistencia y permanencia en el poder que de realizaciones audaces.

Y la verdad es que difícilmente otro presidente y otro gobierno habrían hecho más en situación tan precaria.

Esta situación no sería de por sí tan alarmante si no fuese signo de una lamentable mezquindad de los partidos. El criterio que impera en el quehacer parlamentario no parece ser el benefi-

IGNACIO PURROY: Licenciado en Filosofía. Profesor de Teorías Políticas en la Escuela de Sociología de la UCAB. Redactor de SIC.
LUIS UGALDE: Redactor de SIC.

cio del pueblo, sino el interés partidista. La lucha democrática se convierte así en un juego de ajedrez donde cada uno intenta colocar sus fichas de poder a costa de las otras, en definitiva, a costa del pueblo. Una vez engullidos por el torbellino vertiginoso de la lucha elitescas de poderes, difícilmente se podrá decir que siguen representando los intereses de sus electores quinquenales. Proyectos de leyes tan importantes como el de Vivienda son condenados a ser proyectos eternamente, mientras el pueblo, después de haberlos llevado a los curules, mantiene a sus parlamentarios con jugosos sueldos.

Por otra parte, los partidos de oposición, varios de ellos muy maltrechos después de las elecciones del 68, no han tenido una política definida y coherente. Acción Democrática va superando satisfactoriamente la crisis de la derrota. A pesar de su indefinición política y de los continuos bandazos, ha logrado mantener su integridad organizativa gracias a la tenacidad de su secretario general, diputado Carlos Andrés Pérez. Pero hoy, como ayer, continúa presentándose como un partido típicamente electoral sin que sea una alternativa real.

¿PLURALISMO O AMBIGUEDAD?

La precaria situación parlamentaria ha sido ciertamente uno de los motivos que explican el "realismo político" de Copei. Otro de los factores, y no el menos importante, ha sido su indefinición política. Parecería paradójica esta afirmación cuando es precisamente Copei el partido del programa y de los principios ideológicos. Es verdad, pero se trata de una definición formal y de principios filosóficos, algo muy distinto de una definición política real. El carácter abstracto y de plenitud vacía de los principios se presta a las más diversas concreciones, más todavía cuando el programa ideológico no contempla la realidad de intereses contrapuestos y los medios, condiciones de posibilidad, etc., para realizar esos principios. Nos encontramos ante un programa filosófico más que ante un programa político.

A la hora de pasar a la realización de principios se impone la importancia decisiva de nuestra ubicación socio-económica, nuestros intereses opuestos, nuestro estómago, nuestra vivienda. El pluralismo de estratos sociales, que siempre ha caracterizado a Copei, fue sólo posible bajo el manto de la indefinición. Este pluralismo no existe sólo en los independientes que votaron por Copei, sino en la misma militancia y dirección del partido. Es evidente que a la hora de la verdad, sobre todo a la hora del realismo del ejercicio del poder, triunfa la derecha conservadora y los que detentan el poder económico. En

este sentido, Copei es más del Este que del Oeste de Caracas.

LA ENFERMEDAD DEL PODER

La ideología abstracta de Copei encerraba ya desde sus comienzos el virus del pragmatismo. Este virus acabó por extenderse en el mismo momento del triunfo electoral. Hasta entonces Caldera encarnaba en su persona la unidad del programa ideológico con la práctica política. Con su ausencia se remontó el programa a las nubes de las declaraciones verbales y descendió la práctica a la tierra árida de un pragmatismo chato y falto de miras, más preocupado de mantenerse en el poder que de liberar al hombre que carece de pan, trabajo, escuela y en definitiva de libertad.

Por otro lado, el paso de la oposición al poder es una dura prueba para la capacidad creadora e integridad democrática de cualquier partido. Y más todavía en Venezuela, con una administración del "dinero fácil", donde no basta con apelar a la integridad subjetiva de los funcionarios, sino que hay que tomar fuertes medidas de control desde dentro del aparato burocrático y desde fuera por medio del control continuo de un pueblo informado y participante. Este pueblo ha faltado, a pesar de ser él la única garantía de democracia.

Nos consta, sin embargo, que no pocas personas, empezando por el mismo Presidente Caldera, tratan de controlar y remediar estos males congénitos a la administración en general y a la nuestra en particular. Pero en esto, como en la democracia, hace falta, además de una conciencia recta, encontrar los mecanismos que aseguren el control y la participación para que la élite política esté al servicio del pueblo y no se reduzca al pueblo a ser un "tonto útil" al servicio de intereses elitescos. Existe en los dirigentes de gobierno intensa preocupación por mantener alto el nivel de "moral" política, como lo exige la procedencia y contenido cristianos del partido, pero no debemos olvidar que la moral está a un paso de la casuística y ésta a un paso del pragmatismo.

UN CAMBIO DE ESTILO

Es innegable el acierto y la influencia de las ruedas semanales de prensa del Presidente. Denota miopía democrática (o anti-democrática) el malestar de ciertos sectores de la oposición por este gesto de diálogo del Dr. Caldera. Cada jueves hace realidad la promesa del cambio del "gobierno del diálogo" y de la democracia real. Las ruedas de prensa son la semilla de un nuevo estilo político, donde el gobernante conversa con su pueblo y se somete a sus preguntas.

Extraña, sin embargo, la ausencia de

ese cambio de estilo a otros niveles de la acción de gobierno. Esperábamos que el diálogo y la participación se hiciesen realidad también a nivel de concejos, de municipios, de las gobernaciones de Estado, de institutos autónomos. Esperábamos que la conexión entre los representantes y los representados no se cortase abruptamente después de las elecciones. Esperábamos que los mecanismos de control y canalización de decisiones actuasen a todos los niveles. No han faltado ciertamente intentos y atisbos aislados, pero todavía está casi todo por hacer en esta línea de democratización orgánica de la sociedad.

El pueblo, factor de cambio, ha tenido que resignarse a "sufrir" el cambio. Crece el escepticismo en los sectores que sufren la pobreza en carne propia. No creen en los sindicatos, no creen en los partidos, no creen siquiera en sí mismos. Viven en una situación de retiro a la privacidad y al desinterés por lo público, salpicada de rabiosos brotes de malestar y esperanzas mesiánicas de caudillos idealizados, viejos o nuevos.

Entretanto, las expectativas consumistas suben en los sectores populares, sin que se adecúen los hábitos de producción y las posibilidades reales de un cambio de vida, que sólo pueden asegurarse con una política que aborde cambios estructurales. Como dice el demógrafo Sauvy, "las técnicas de consumo son mucho más fáciles de asimilar que las técnicas de producción" ("El problema de la población en el mundo de Malthus a Mao-Tse-Tung", Aguilar, pág. 167).

METAMORFOSIS DEL COPEI

Cuando un partido está en el gobierno, el partido es reflejo del gobierno y éste reflejo de aquél. Burocratización, enquistamiento de las élites políticas, conservadurismo y marginamiento de la base (que implica una "desdemocratización" progresiva) son fenómenos comunes a ambos. Ya no existe el contrapeso carismático del Dr. Caldera en el interior del partido. Lo ideológico debe ser reprimido, ya que haría tambalear el principio de organización y unidad compactas, tan vitales para todo partido en el poder.

La última Convención nacional para la elección del candidato a la presidencia no tuvo sólo relevancia por el hecho de la candidatura, sino por ser altamente sintomática de la situación interna de Copei. Conscientemente, acordaron los pre-candidatos eliminar totalmente todo lo que pudiera insinuar diferencias ideológicas o de programa. La competencia tuvo carácter meramente personal, a pesar de existir diferencias más allá de lo personal. El principio de conservación del partido obligó a sofocar cualquier planteamiento de fondo que

pudiese polarizar la base militante. En consonancia con esta tónica, no faltaron tampoco atisbos de "maquiavelismo" en los procedimientos, como lo denuncia un controvertido documento. Se cumplió también la ley de la "retención del poder", propia de toda estructura de élites y que asemeja un poco más a Copei con AD, URD, MEP, etc., y sus generaciones del 28, 36...

Otro hecho sintomático es la situación de la juventud copeyana. Diversos factores han convergido en la "crisis de juventud" de Copei. Coincidiendo con la subida al poder, una oleada con epicentro en París ha invadido el mundo entero. La "contestación" no deja en pie ningún ídolo, tampoco el ídolo "política". Se observa un proceso vertiginoso de "despolitización" de la juventud, que arrolla también a las huestes juveniles copeyanas. La represión oficial contra sus propios compañeros de estudios no deja de afectar a los jóvenes copeyanos.

Pero estos factores históricos no vienen más que a reforzar el proceso interno de Copei, cuya burocratización creciente, estabilización en el poder, pragmatismo carente de mística y el consiguiente hermetismo frente a cualquier planteamiento ideológico o táctico revolucionario ha venido forzando el marginamiento de una juventud que en sus tiempos peleó una batalla decisiva. Es verdad que juventud y poder se repelen mutuamente. ¿Será por eso que AD ha experimentado últimamente un incremento de su juventud?

Parece que después de la Convención se están "venteando" ciertas diferencias de fondo en los altos niveles del partido. La base y el pueblo siguen siendo los grandes ausentes en las decisiones, a pesar de que luego tendrán que dejarse utilizar como apoyo electoral o instrumentos de presión.

LOGROS POLITICOS

Además de diversos aspectos ya señalados en las páginas anteriores, conviene destacar dos realizaciones especialmente significativas: la pacificación y el "nacionalismo democrático". Ambas demuestran el fino "olfato político" del gobierno de Caldera para detectar coyunturas favorables y encauzarlas hábilmente.

Nada más llegar al Gobierno, Copei lanza la política de pacificación. Sin ningún ánimo de restar méritos al sentido de oportunidad de esta política, hay que advertir que en esos momentos la derrota y el desaliento de la izquierda armada en Venezuela habían llegado a su apogeo. Alfredo Maneiro, en uno de los análisis más agudos que hayamos leído sobre la lucha de los grupos marxistas desde la caída de la dictadura, dice: "Con la pérdida del impulso de la lucha revolucionaria, con la mengua de su am-

plitud y con su ulterior derrota, alrededor de 1964, las más brillantes posibilidades abiertas para la sociedad venezolana el 23 de enero y reavivadas durante los primeros años sesenta, desaparecieron como opciones reales." (en "Notas negativas", Ed. Venezuela 83, pág. 68). El gobierno de Caldera tuvo el acierto de haber comprendido que "el pueblo venezolano, tan impulsivo y sentimental, es propenso al olvido y se agota muy pronto, pero para sus emociones los minutos son siglos", como dijera Ramón Díaz Sánchez en su libro "Guzmán, eclipse de una ambición de poder", 5ª ed., I, pág. 25). En lugar de acorrallar al enemigo, le dio una salida airosa y la mayoría se acogió al "borrón y cuenta nueva" del olvido. En realidad, ya en febrero de 1969, en la reunión del BP y de la Comandancia Nacional del PRV, "se constató como posibilidad que el gobierno copeyano —al igual que el de Leoni en 1964— iniciaría su gestión con una campaña demagógica en torno a la pacificación" (Fuego, Nº 4-5, mayo 1971).

Fenómeno similar ocurre con la política petrolera. El momento histórico y la conciencia nacional exigían una defensa cada vez más clara y enérgica de la autonomía e intereses venezolanos, defensa que fue forzada por la misma oposición. Logro del Presidente Caldera ha sido el saber encauzar y aprovechar ese potencial bajo el lema del "nacionalismo democrático". Menos clara, sin embargo, ha sido la política frente a los grupos económicos. Unas veces por agradecimiento con viejos aliados, otras por necesidad imperiosa de estabilidad en el poder, se ha llegado a pactos de "conveniencia mutua" que no siempre estaban acordes con la filosofía socialcristiana.

Notables sectores del partido se resentían con el hecho de que un desarrollista sea el Ministro de Hacienda. ¿Es compatible el desarrollismo con la ideología socialcristiana? ¿Cómo se debe entender, entonces, el "cambio de estructuras"? Pero no se puede negar que otros sectores de Copei estaban de acuerdo con esta orientación desarrollista porque en el fondo era la suya. El "pluralismo" de Copei recorre todas las gamas.

Sería injusto acusar al Gobierno de estar vendido a los grupos económicos, porque no es verdad. Pero tampoco puede decirse que haya mantenido una política popular audaz y decidida. No está ni con unos ni con otros. Triste sería que a la hora de la crisis (o de las elecciones), al no haber estado Copei con nadie, tampoco nadie esté con Copei. La ambigüedad es arma de doble filo.

EL RETO DE LA DEMOCRACIA

Copei llegó al gobierno en un momento en que la democracia venezolana llevaba diez años de vida. A pesar de las muchas e importantes realizaciones

de la democracia, permanecían grandes sectores de nuestra sociedad agobiados por problemas vitales. Hoy, sustancialmente, esos problemas permanecen. No los ha empeorado este Gobierno, sino que el tiempo agrava los problemas y mina la paciencia de los necesitados y oprimidos. Se ha agudizado el cuestionamiento de la democracia. La historia latinoamericana, en general toda la historia política, es un romper de olas en la playa de la democracia. Las olas se repliegan, pero el mar dejaría de ser mar si cesase en su continuo romper de olas, si la sociedad cesase en su empeño por la democracia. La fascinación por las dictaduras en tiempos de cansancio democrático tiene atracción suicida. La única forma de romper el hechizo de esa fascinación es la construcción incansable de una democracia cada vez más profunda. Decía Rousseau en "El contrato social": "Una verdadera democracia, en el sentido riguroso del término, no ha existido nunca, ni existirá jamás." Cierzo. Pero renunciar a la democracia sería renunciar a ser hombres.

Esta preocupación, y sólo ella, nos ha guiado en nuestro análisis crítico de los mil días de gobierno de Copei. No basta que hayan triunfado los demócrata-cristianos. Tiene que triunfar la democracia cristiana. El triunfo de los unos no significa indefectiblemente el triunfo de la otra. Y si la contribución crítica es rechazada "a priori", nos confirmará lamentablemente este hecho en el diagnóstico anterior sobre los partidos clásicos: el partido se absolutiza, se hermetiza ante toda crítica y pasa a ser fin en sí, sólo importa el fortalecimiento del partido y no el pueblo marginado.

No queremos ser alarmistas, pero es innegable que la democracia venezolana se está jugando su futuro en los próximos años. Sin una acción decidida para la integración de las grandes masas marginadas en la vida política y económica del país, sin una política de logros reales y palpables, el destino de la democracia será peligrosamente incierto. Hace falta que el pluralismo político se unifique en los grandes problemas fundamentales, que los partidos dejen de mirar por su fortalecimiento y estabilidad propios para mirar por el pueblo, que se dé apoyo crítico pero sincero al partido que en el momento dado esté en el gobierno. No sería del todo imposible llegar a un acuerdo pre-electoral entre los partidos sobre un programa mínimo que aborde con decisión los problemas más vitales del país: la consecución del pleno empleo, un programa audaz de viviendas populares, una política petrolera y de inversiones auténticamente nacionalista y popular y una política educativa de largo alcance que, junto con el perfeccionamiento de los mecanismos democráticos, conduzca al pueblo a la madurez cívica y política.